

LA MISIÓN APOSTÓLICA

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 5: LA MISIÓN APOSTÓLICA

LA MISIÓN APOSTÓLICA

Así como Tú me has enviado al mundo, así Yo los he enviado también a ellos al mundo ¹. Apóstol quiere decir enviado y, aplicado a los cristianos, significa enviado de Cristo. El apóstol del Señor obra, pues, en su nombre, de modo que todo cuanto haga pueda ser reputado como hecho por Aquél que nos envía: *quien a vosotros recibe, a mí me recibe, y quien a mí me recibe, recibe a Aquél que me ha enviado* ².

Hemos de ser con respecto a Jesús lo que Jesús fue con respecto al Padre, porque nuestra misión apostólica —misión de cristianos— es continuación de la suya. *Mi alimento* —decía el Señor— *es hacer la voluntad del que me ha enviado* ³. Nuestro alimento ha de ser cumplir la voluntad de Jesús, que nos ha llamado —*ut eatis* ⁴, para que vayáis— para enviarnos a todas las gentes.

Un mandato imperativo de Cristo

Ten presente, hijo mío, que no eres solamente un alma que se une a otras almas para hacer una cosa buena.

(1) *Joann.* XVII, 18.

(2) *Matth.* X, 40.

(3) *Joann.* IV, 34.

(4) *Joann.* XV, 16.

Esto es mucho..., pero es poco. —Eres el Apóstol que cumple un mandato imperativo de Cristo⁵.

Ese mandato consiste en dar a conocer al Señor allí donde hayamos sido enviados; darle a conocer con el ejemplo, con la palabra, con la oración, con la cruz: como Cristo manifestó a su Padre. *No conoce ninguno al Padre, sino el Hijo y aquél a quien el Hijo habrá querido revelarlo⁶.* Como apóstoles de Jesús, somos heraldos de esa revelación, necesaria para que las almas se salven, pues *¿cómo creerán en El, si de El nada han oído hablar? Y ¿cómo oirán hablar de El si no se les predica? Y ¿cómo habrá predicadores si nadie los envía?⁷*

Cualquiera que sea el modo que Dios haya elegido para llamarnos, la vocación de cada uno puede resumirse en aquellas palabras de la Escritura: *oí la voz del Señor que decía: ¿a quién enviaré? ¿Y quién irá por nosotros? Y yo dije: heme aquí, envíame a mí. Y El dijo: ve, y di a este pueblo...⁸.*

Para ser apóstoles de Jesús, es preciso que la doctrina del Señor se haga substancia de nuestra vida, luz de nuestro entendimiento, elocuencia de nuestra palabra. De modo que podamos decir con respecto a Jesús lo que El afirmaba por relación al Padre: *la doctrina que habéis oído, no es mía, sino del Padre, que me ha enviado⁹.* Es necesario que nuestro ejemplo y nuestra palabra manifiesten a Cristo. *Tu apostolado debe ser una superabundancia de tu vida "para adentro"¹⁰.*

Hace falta vida interior y formación para poder decir como Cristo: *Yo les he dado las palabras que Tú me has dado, y ellos las han recibido, y han reconocido verdaderamente que Yo salí de ti, y han creído que Tú eres el que me has enviado¹¹.*

Nuestra misión es participación y continuación de la de Jesús, particularizada a un ambiente, entre unas personas determinadas, en un tiempo preciso: Cristo quiere hacerse presente a través de nosotros a

(5) Camino, n. 942.

(6) Matth. XI, 27.

(7) Rom. X, 13-15.

(8) Isai. VI, 8-9.

(9) Joann. XIV, 24.

(10) Camino, n. 961.

(11) Joann. XVII, 8.

unas almas concretas, en una determinada situación, allí donde El mismo nos ha enviado para anunciar su nombre.

En nuestro propio ambiente

Pero, ¿a dónde hemos sido enviados? Al mismo sitio donde ya estábamos. La vocación no nos ha sacado de nuestro lugar, de nuestro ambiente, de nuestro trabajo, de nuestras relaciones. La vocación nos ha dejado donde nos encontró.

Lo que a ti te maravilla a mí me parece razonable. —¿Que te ha ido a buscar Dios en el ejercicio de tu profesión?

Así buscó a los primeros: a Pedro, a Andrés, a Juan y a Santiago, junto a las redes; a Mateo, sentado en el banco de los recaudadores...

Y, ¡asómbrate!, a Pablo, en su afán de acabar con la semilla de los cristianos ¹².

Fue con sus relaciones y con su trabajo como los Doce comenzaron su labor. Mateo reúne junto al Señor a aquellos amigos suyos, publicanos y pecadores, invitándoles a la fiesta con que celebra su vocación de Apóstol. Juan y Andrés hablan a sus hermanos, a sus compañeros de profesión, a sus amigos, y así vienen a Jesucristo Pedro, Santiago, Felipe, Natanael... Pablo se sirve de su trabajo manual para ejercitar la misión que ha recibido: al llegar a Corinto, encuentra a Aquila y Priscila, y *como era del mismo oficio, se hospedó en su casa, y trabajaba en su compañía; el oficio de ellos era hacer tiendas de campaña ¹³*. En aquella casa florece una de las primeras comunidades cristianas: *os saludan con grande afecto en el Señor Aquila y Priscila, con la iglesia de su casa en la que me hallo hospedado ¹⁴*.

Así, en el ejercicio de sus profesiones humanas, encontraron tam-

(12) Camino, n. 799.

(13) Act. XVIII, 3.

(14) 1 Cor. XVI, 19.

bién su vocación de cristianos —¡de santos y de apóstoles!— los primeros fieles. Y en el ejercicio de ese trabajo van a realizar la nueva misión que han recibido: *no dejamos de frecuentar el foro, el mercado, los baños, las tiendas, las oficinas, las hosterías y las ferias vuestras; no dejamos de relacionarnos, de convivir con vosotros en este mundo. Con vosotros navegamos, vamos a la milicia, trabajamos la tierra y de su fruto hacemos comercio. Y vendemos al pueblo para vuestro uso los productos de nuestros quehaceres y fatigas*¹⁵. Y con ocasión de esos menesteres llevan el fuego de Cristo a sus compañeros, a sus ambientes.

Nuestra vocación a la santidad y al apostolado ha ido a encontrarnos también —como a los primeros cristianos— en nuestro trabajo: cuando comenzábamos nuestra preparación profesional, o después de años de ejercicio de la profesión. Y allí mismo es adonde hemos sido enviados, porque nuestro apostolado *ha de ejercerse no ya "en el siglo", sino por así decir "desde el siglo", y por tanto en las profesiones, actividades, formas, lugares y circunstancias correspondientes a esta condición secular*¹⁶.

Un nuevo modo de estar

La llamada ha cambiado sólo el modo de estar presente en nuestro ambiente. *Que alguien sea enviado quiere decir que de alguna manera es mandatario de quien le envía (...). Asimismo, implica una referencia al lugar adonde se envía, bien porque nunca había estado antes allí, o bien porque empiece a estar de modo distinto*¹⁷. Así, si un Estado nombra embajador suyo cerca de otro gobierno a una persona que ya residía en ese otro país, desde aquel momento esa persona tiene una nueva relación con respecto al Estado que le envía, y con respecto al país donde ya estaba: a partir del nombramiento, es el representante de su gobierno, su

(15) Tertuliano, *Apologéticum* 42, 1-3.

(16) Pío XII, *Motu Proprio Primo feliciter*, 12-III-1948.

(17) Santo Tomás, *S. Th.* I, q. 43, a. 1.

enviado, y debe vivir y hablar como tal; sigue donde antes, pero de otro modo, identificándose con el carácter y los intereses del Estado que representa. Por eso, el que hayamos sido enviados a nuestro ambiente de trabajo profesional, lleva implícita una nueva actitud, un modo distinto de estar allí, que ahora es el de enviados de Jesucristo, como apóstoles suyos.

Por tanto, no podemos comportarnos en nuestro trabajo como antes. Ahora tenemos que actuar como apóstoles, mostrando a Cristo, revelándolo a los hombres con quienes trabajamos. Nuestra vocación respeta el trabajo profesional, lo deja intacto, pero no se limita a añadir un encargo apostólico como para los ratos libres, sino que absorbe a la profesión, dándole otra significación, una instrumentalidad más elevada. Se trata de un *modo nuevo*, una manera apostólica de trabajar y de relacionarnos con nuestros compañeros de profesión; de lo contrario, incumpliríamos radicalmente la misión recibida. ***Ahora, que te entregaste, pídele una vida nueva, un "resello": para dar firmeza a la autenticidad de tu misión de hombre de Dios***¹⁸. Serán como las cartas credenciales.

Todo eso se hace con naturalidad, que es una característica fundamental de nuestra labor: ***ser misionero —con misión— y no llamarte misionero***¹⁹. Pero naturalidad no es cobardía, respeto humano, desinterés por las almas... De ordinario no tenemos por qué manifestar nuestra vocación, pero una persona del Opus Dei ***debe ser como una brasa encendida, que pega fuego dondequiera que esté, o por lo menos eleva la temperatura espiritual de los que le rodean, arrastrándoles a vivir una intensa vida cristiana***²⁰.

Santificar la profesión

Ese *modo nuevo* de estar en nuestro ambiente de trabajo, ese *rese-*

(18) *Camino*, n. 909.

(19) *Camino*, n. 848.

(20) De nuestro Padre, *Carta*, 24-III-1930.

llo que ha de dar autenticidad a la misión que tenemos, requiere, en primer lugar, visión sobrenatural, pues la luz de la fe es la que enseña que el ejercicio de la profesión *adquiere un pleno sentido y una más plena significación cuando se le dirige totalmente a la salvación de las almas* ²¹.

Para nosotros, como consecuencia de la misión recibida, la labor profesional es, pues, *totalmente y siempre medio de santificación y apostolado* ²². No podía ser de otro modo, ocupando el trabajo profesional la mayoría de las horas de nuestra jornada diaria. Pero es que, además, en la esencia de nuestra vocación específica está la elevación de nuestra profesión a instrumento de la acción sobrenatural de Dios en las almas y en la sociedad. El trabajo mismo ha de tener entraña apostólica, haciendo las *tareas profesionales bien, acabadas, con sentido sobrenatural, para que cada uno convierta la propia profesión en un fecundo instrumento de apostolado* ²³.

A ese fin se ordena la formación que la Obra da a sus miembros, que *les facilita la visión sobrenatural, en el cumplimiento de su misión apostólica, pues saben que al desempeñar sus deberes profesionales, sociales, económicos, etc., deben procurar ante todo la propia santidad y la de los que con ellos trabajan y conviven* ²⁴. Es el programa que nos da nuestro Fundador cuando afirma que *una característica peculiar de la espiritualidad del Opus Dei es que cada uno ha de santificar su profesión —su trabajo ordinario—, ha de santificarse en su profesión y ha de santificar con su profesión* ²⁵, con la ilusión sobrenatural de *poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas* ²⁶.

Santificar el trabajo es hacer que el trabajo mismo sea santo, se ordene a Dios, en la intención y en la realidad de lo que se hace. Hay labores —las internas, por ejemplo— que se ordenan por sí mismas a extender el reino de Dios, sin que nosotros tengamos más que ejecutarlas.

(21) De nuestro Padre.

(22) De nuestro Padre.

(23) De nuestro Padre.

(24) De nuestro Padre.

(25) De nuestro Padre, n. 43.

(26) De nuestro Padre, Carta, 19-III-1954.

Pero con el trabajo profesional ordinario no ocurre lo mismo, y entonces es preciso buscar su santificación, ordenar aquello a la edificación del reino de Dios. En unos casos será fácil ver cómo es esto posible —la filosofía, la literatura, la sociología, la política...—; en otros, será más difícil, pero siempre es posible, y hacerlo es tarea personal de cada uno, bajo la propia responsabilidad: la que tiene ante Dios, que allí le ha enviado.

Cada uno ha de santificarse en su trabajo, ha de encontrar en esa tarea ordinaria una fuente de santidad personal: ha de estar llena de amor de Dios, ha de ser oración, ha de vivirse con espíritu de mortificación y de penitencia, con responsabilidad económica... Cada uno debe encontrar el modo de poner en ejercicio todas las virtudes, al ejercitar su profesión: la fe, la esperanza y la caridad, la justicia, la templanza, la fortaleza, la prudencia... Y de un modo muy particular, el celo por las almas, porque santidad y apostolado son, para nosotros, dos aspectos del mismo fin y, por tanto, inseparables.

De tal manera ha de estar ordenado el trabajo profesional al fin sobrenatural de nuestra misión en el mundo, que *la vocación profesional que no se subordina a la vocación divina es como un árbol que da hojas, pero no da frutos. Si la profesión, si la actuación de las cosas humanas que tenemos entre nosotros* —decía nuestro Padre—, *no nos sirven para atraer vocaciones, para acercar las almas a Dios, es que vamos muy mal, muy mal. ¿Qué diríais de una familia que no quisiera tener hijos?* ²⁷.

Precisamente hemos sido enviados por Jesucristo al mundo —sin habernos sacado de él, pero estando de un modo nuevo— para hacer divinas las cosas humanas. *No se prohíbe el ejercicio de ninguna profesión honesta a los socios del Opus Dei, que deben —por el contrario— elevar y santificar todas las profesiones, convirtiéndolas en instrumentos de santidad propia y ajena, en ocasión de apostolado* ²⁸.

Queremos trabajar en todas partes para llevar todas las cosas a

(27) De nuestro Padre, Tertulia, 1-VI-1961.

(28) De nuestro Padre, Carta, 15-X-1948.

Dios. Y por eso también —con rectitud de intención— los miembros de la Obra buscan limpiamente, con esfuerzo personal, *el mayor prestigio posible entre sus compañeros de carrera o de trabajo, sea o no intelectual: puesto que este prestigio les permitirá realizar con eficacia el apostolado, por medio de la propia profesión* ²⁹. Ese prestigio es un ascendiente entre los que nos rodean, y por consiguiente una autoridad para influir en los demás, con lo que se hace y con lo que se dice. Por eso es precisamente nuestro *anzuelo de pescador de hombres* ³⁰. Una persona bien preparada profesionalmente se impone en su ambiente de trabajo, da el tono, se atrae la estimación de los demás, sus acciones y sus palabras hallan particular resonancia: está sobre un pedestal. Si es un alma apostólica, usa de ese pedestal para poner a Cristo bien alto, para extender la luz y el calor de Dios sobre los que le rodean. Si no lo es, si no actúa allí como un enviado, como quien representa al Señor y tiene la misión de llevar a El las almas, se apropia del pedestal y lo usa para hinchar su vanidad: se convierte en el enviado de sí mismo, en el portavoz de sus personales excelencias; es el heraldo de sus talentos, el embajador de su propio yo. Sin vibración apostólica, el prestigio es la ruina de la humildad.

De ahí la subordinación de nuestro trabajo —en todos sus aspectos, desde todos los puntos de vista— a nuestra vocación. Y tan esencial es esa subordinación, que cuando el trabajo no sirve para nuestra misión apostólica, no sirve para nada. Por eso insistía nuestro Padre: *si es verdad que la vocación profesional es parte de nuestra vocación divina, lo es en tanto en cuanto que es medio para nuestro apostolado y para nuestra santificación: para servir a Dios, para hacernos santos y para santificar a los demás. Si en algún momento la vocación profesional pone obstáculos, entonces se echa a rodar, porque ha dejado de ser medio; porque si no es anzuelo con la carnaza para pescar peces, no me interesa y no es parte de la vocación divina, porque ya no es vocación profesional, sino vocación diabólica. En tanto en cuanto es medio para santificarnos y para santi-*

(29) De nuestro Padre.

(30) *Camino*, n. 372.

ficar a los demás, la vocación profesional es parte de nuestra vocación divina. A mí me da una inmensa tristeza cuando veo un hijo mío, que me cuenta sólo sus éxitos profesionales... y ha conseguido esto y aquello otro. Si toda su actividad no le sirve para pescar almas, muy mal ³¹.

*Los colegas de trabajo,
primer objetivo apostólico*

Dios nos ha dado y nos da todos los medios para hacerle presente en el ambiente de nuestra profesión, para realizar con eficacia la misión recibida; y *no se enciende la luz para ponerla debajo de un celemin, sino sobre un candelero, a fin de que alumbre a todos los de la casa* ³². La luz es la vida de Cristo en nuestra vida, su doctrina en nuestro entendimiento, su virtud en nuestra palabra; el candelero es precisamente nuestro trabajo, nuestro prestigio profesional, el lugar que ocupamos. No podemos enterrar la luz recibida, de modo que no *alumbre a todos los de la casa*.

Sed hombres y mujeres del mundo, pero no seáis hombres y mujeres mundanos ³³. Y seríamos mundanos si las cosas del mundo no tuviesen para nosotros una finalidad sobrenatural, si no las pusiéramos al servicio de nuestra misión, si no nos sintiésemos en el mundo como enviados por Dios, si todas nuestras actividades no obedeciesen primordial y esencialmente a una razón apostólica. *El apostolado específico de los socios del Opus Dei es santificar su trabajo profesional y dirigirlo a la salud de las almas, principalmente de sus compañeros de profesión* ³⁴. Es nuestro fin específico, lo que quiere decir que el que no usara su profesión para eso, desvirtuaría completamente la misión re-

(31) De nuestro Padre, Tertulia, 1-VI-1961.

(32) *Matth.* V, 15.

(33) *Camino*, n. 939.

(34) De nuestro Padre.

cibida, aunque tratase de compensarlo con otras actividades apostólicas al terminar su jornada de trabajo.

Hemos de tener, pues, un celo concreto por las almas que nos rodean, un afán por llevarlas a Dios. *Haced* —nos aconseja nuestro Padre— *como Pedro y como Juan: cuando vayáis a la oración, tened muy presentes a esos amigos y conocidos, y luego, con vuestro ejemplo, decidles: respice in nos!, ¡miradnos!* ³⁵. Han de poder ver en nuestra vida la vida de Cristo, han de conocer a Dios a través nuestro.

A la oración, a la mortificación y al ejemplo, es preciso añadir la palabra —*apostolado de amistad y confidencia*—: una palabra apostólica, llena de vibración, que dé doctrina y persuada y encienda.

“Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via?” —¿Acaso nuestro corazón no ardía en nosotros cuando nos hablaba en el camino?

Estas palabras de los discípulos de Emaús debían salir espontáneas, si eres apóstol, de labios de tus compañeros de profesión, después de encontrarte a ti en el camino de su vida ³⁶.

Esos colegas tienen derecho a esperarlo de nosotros, porque para eso hemos sido enviados junto a ellos. Y aunque no lo sepan ahora, sabrán un día que Dios nos había dado esa misión concreta, pues *nada está encubierto que no haya de descubrirse* ³⁷. Si llega un momento en que circunstancias de trabajo, o exigencias de nuestra vocación, nos llevan a otro lugar, quizá esas almas con quienes hemos convivido durante una temporada no tengan ya a nadie que pueda llevarles a Dios, que haya recibido esa misión y los medios para cumplirla.

Tan fundamental es esto, que obliga durante toda nuestra vida y en cualquier lugar en que nos encontremos. *Me podrías preguntar: Padre, ¿y cuando tenga ochenta años? Igual: en el trato con tus hermanos, con tus compañeros de profesión, con tus amigos...* ³⁸. En

(35) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934.

(36) *Camino*, n. 917.

(37) *Matth.* X, 26.

(38) De nuestro Padre, *Tertulia*, 1-VI-1961.

todos hemos de despertar la luz y el calor de una auténtica vida cristiana: *no dejar que se pierda para el apostolado y, en lo posible, para la vocación, ningún alma que se nos acerque*”.

Aquellas palabras de la oración sacerdotal de Jesús, poco antes de acabar su misión en la tierra, deberán ser también palabras nuestras al término de la jornada. *Yo he manifestado tu nombre a los hombres que me has dado del mundo* ⁴⁰: esos hombres concretos a los que el Señor nos ha mandado. *Ahora han conocido que todo lo que me diste viene de ti, porque yo les di las palabras que Tú me diste, y ellos las han recibido, y han reconocido verdaderamente que Yo salí de ti, y han creído que Tú eres, el que me has enviado* ⁴¹: el fiel cumplimiento de la misión es la mejor carta credencial.

Santificalos en la verdad. La palabra tuya es la verdad. Así como Tú me has enviado al mundo, así Yo los he enviado también a ellos al mundo. Y Yo, por amor de ellos, me santifico a mí mismo, con el fin de que ellos sean santificados en la verdad ⁴². De nuestro apostolado salen nuevos apóstoles, de nuestra entrega nuevas entregas, que a su vez han de producir otras nuevas en progresión geométrica. *¡Cuántas calorías espirituales necesitas! —Y ¡qué responsabilidad tan grande si te enfriás!, y —no lo quiero pensar— ¡qué crimen tan horroroso si dieras mal ejemplo!* ⁴³.

El Señor terminó así su oración sacerdotal: *¡oh Padre!, Yo deseo que aquellos que Tú me has dado, estén conmigo allí mismo donde Yo estoy, para que contemplen mi gloria, cual Tú me has dado: porque Tú me amaste desde antes de la creación del mundo. ¡Oh Padre justo!, el mundo no te ha conocido; Yo sí que te he conocido, y éstos han conocido que Tú me enviaste. Yo, por mi parte, les he dado, y daré a conocer tu nombre, para que el amor con que me amaste, en ellos esté, y Yo en ellos* ⁴⁴.

(39) De nuestro Padre.

(40) *Joann.* XVII, 6.

(41) *Joann.* XVII, 7-8.

(42) *Joann.* XVII, 17-19.

(43) *Camino*, n. 944.

(44) *Joann.* XVII, 24-26.

Replantearse el trabajo profesional

Hemos sido enviados por Jesucristo, como Jesucristo —el Verbo, el Hijo de Dios— fue enviado por el Padre; nuestra misión —continuación de la suya— es una misión divina, en cuanto que es Dios quien nos ha enviado para santificar con la profesión, especialmente a nuestros compañeros de trabajo, de ambiente, de lugar. Es un aspecto esencial de nuestro camino. De ahí que debemos preguntarnos con frecuencia: desde que estoy aquí, en este sitio y en este trabajo, entre estas personas, ¿qué cambio ha habido en quienes me rodean?, ¿cómo estoy influyendo en sus vidas? Si después de un tiempo razonable, no hubiera cambio alguno, sería un síntoma claro de sal desvirtuada. *Cuando no metemos el fuego del amor de Dios en los que nos rodean, es que estamos apagados nosotros, estamos muertos, somos por dentro un cadáver* ⁴⁵.

Es verdad que en ocasiones Dios quiere que no veamos los frutos de nuestro apostolado, y sean otros quienes los recojan; pero lo ordinario es que si hay buena siembra haya también buena cosecha. *Así es que todo árbol bueno produce buenos frutos y todo árbol malo da frutos malos. Un árbol bueno no puede dar frutos malos, ni un árbol malo darlos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego; por sus frutos, pues, los podréis conocer* ⁴⁶.

Periódicamente, a la luz de estas palabras, necesitamos un replanteamiento enérgico del modo de realizar nuestro trabajo, de nuestra intención, de la responsabilidad con que vivimos la misión recibida, para poder empezar con nuevos bríos, para dominar siempre el ambiente, para llevar efectivamente a Dios las almas que nos rodean y el trabajo y el ambiente —no vaya a ser que esas almas, ese trabajo y ese ambiente nos

(45) De nuestro Padre.

(46) *Matth.* VII, 17-20.

aparten a nosotros de Dios—, para cumplir con eficacia nuestra misión, para dar razón de nuestra presencia en la parte concreta del mundo donde estamos, donde Jesucristo nos ha mandado.

Non vos me elegistis; sed ego elegi vos et posui vos, ut eatis et fructum afferatis, et fructus vester maneat “; no me elegisteis vosotros a mí, sino que Yo soy el que os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis, y deis fruto, y vuestro fruto sea duradero. Que Nuestra Madre Santa María, *Regina Apostolorum*, nos ayude a oír siempre, en medio de nuestro trabajo profesional, la voz imperiosa de Aquél que nos envía: *“Id, predicad el Evangelio... Yo estaré con vosotros...”* —*Esto ha dicho Jesús... Y te lo ha dicho a ti* “.

(47) *Ioann.* XV, 16.

(48) *Camino*, n. 904.

[Anterior](#) - [Siguiente](#)

[Volver al índice de Cuadernos 5: La misión apostólica](#)

[Volver a Libros silenciados y Documentos internos](#)

[Ir a la correspondencia del día](#)

[Ir a la página principal](#)

